

BAILE

DEL

SOL



Tigzirin Tiknariyin

Nº2

1-10-88

500

P.V.P.

**No Nos
DEJAN
VER**



AFRICA

CONTRA EL NACIONALISMO

Joan Fuster

Es curioso observar como se mantienen tan obcecadas, todavía hoy, las actitudes hostiles a cualquier reivindicación digámosle periférica, cuando alguien la plantea en términos mínimamente claros. Y no lo digo precisamente por los exabruptos que provienen del lado de siempre. Pienso en la reticencia que suele disfrazarse de «izquierda» y que, a menudo, tiende a escudarse con unos u otros principios autodefinidos como «internacionalistas». Podríamos esperar que el problema tuviese, ya, una acogida objetiva, serena, desintoxicada de «ideologismos». Pero no. Todo continua como hace cuarenta, sesenta, ochenta años. O peor. De hecho, mucho peor, porque la fauna política del interior y las sucursales del litoral —insisto: los de la oposición— han dispuesto de tiempo y de libros para reflexionar sobre el tema durante la cuaresma pasada. Se ve que no la han aprovechado. En el fondo, el líder X, y el líder Y, y el Z, de aparente etiqueta marxiana, por ejemplo, respiran igual que Núñez de Arce, Romanones, Calvo Sotelo o Ledesma Ramos, en relación a la cuestión. Si en algo se diferencian es, como mucho, por el aire demagógico con que decoran sus flatulencias nacionalistas.

Exactamente esto: nacionalistas. Con una inocencia que es de mal creer —no es ninguna «inocencia», en efecto—, estos señores se sacan de la manga la acusación de «nacionalista» a la voluntad emancipadora, y enseguida añaden una serie de connotaciones oprobiosas: «pequeño-burgueses», «maniobra de la burguesía tal o tal otra», y todo lo que ustedes quieran. ¡Como si ellos no fuesen tan «nacionalistas», o más! Por una extraña ofuscación mental, y moral, se olvidan, no solamente de su situación «nacional», sino también del «nacionalismo» epiléptico, fastuosamente agresivo, que profesan. Lo llevan en la masa de la sangre: heredado a través del hogar y de la escuela, convertido en retórica automática, alimentado por telediaris y por las exigencias del mercado de los escalafones. El de ellos es, además, un nacionalismo pre-burgués: deriva de las ambiciones de una determinada oligarquía, originariamente aristocrática, que encunó mitos, nociones y lugares comunes dócilmente asimilados por la multitud subalterna. La ideología dominante ha sido siempre la de la clase

dominante. Si es precisa una mención histórica, grotescamente emblemática, el nombre del conde-duque de Olivares debería ser suficiente. La paradoja actual es que alguien puede invocar Lenin o Stalin o Mao, sin darse cuenta que está repitiendo Menéndez Pidal, y valga la broma.

Los «nacionalismos» no emergen en el vacío. Cada «nacionalismo» se articula como tal en función de otro «nacionalismo»: conflictivo con él. Sería inimaginable un «nacionalismo» sin otro enfrente. El famoso «2 de mayo» — «*Oigo, patria, tu aflicción...*» — se erige ante los franceses, y aquello, tan sudado, de la «*pérfida Albión*», contra el imperialismo británico, que disputaba al imperialismo de Madrid los mares y las tierras más rentables. Bien mirado, no eran dos «naciones» que se lanzaban al combate: eran unos antagonismos de intereses entre unos clanes muy nítidos. El «estado moderno», postmaquiavélico, manipulado por las fuerzas feudales y los monarcas absolutos, al principio, y por los tenores del jacobinismo, después, inventaron un «nacionalismo» enérgico: el nacionalismo estatal vigente. La eterna guerra «franco-prusiana» ilustra un momento muy llargo. De puertas a fuera, las dinastías y las repúblicas querían condensar un «patriotismo» eficaz para aguantar la enemistad con el «patriotismo» de la otra parte de la frontera. Los grandes conceptos «nacionales» al uso, con himnos y banderas, son, en última instancia, el reflejo de una lucha entre grupos de intereses geográficamente contrapuestos. En el siglo XVI, en el XVII, en el mismo XVIII, y hasta en el XIX, las «multinacionales» todavía no habían encontrado la salida. Ni siquiera los Fuggar.

La otra proyección de estos «nacionalismos» se propone destruir las resistencias que, para entendernos, podríamos designar con el adjetivo de «étnicas»: áreas sociales que se apiñaban, por ejemplo, en una lengua distinta, en una voluntad de vivir a su manera y según sus necesidades inmediatas, en una irritada conciencia de protesta. Cualquier resumen de historia de los actuales estados europeos podría informar a sus lectores que, además de las guerras «exteriores», han tenido que hacer muchas de «interiores» igualmente nacionalistas. Confeccionar un «nacionalismo» estatal ha costado mucha sangre. Ha costado muchos maestros de escuela —Francia no sería Francia sin los *instituteurs*—, mucha aflicción administrativa, mucho «*ordeno y mando*». El resultado final ha sido devastador. Francia es una indicación modélica. Sería poco correcto decir que el «vandalismo» no arquitectónico es culpa de aquella inteligente y siniestra bestia que fue el *abbé* Grégoire. Grégoire ampliaba y corregía una antigua instigación de los Capetos. Todas las repúblicas y todos los imperios franceses han sido «nacionalísticamente» coincidentes. Y Thorez. Y Marchais. Y Sartre, no nos engañemos. Que lo digan los occitanos, los bretones, los vascos, los catalanes, sometidos al Hexágono.

Al Sur de los Pirineos, el lío fue una copia del esquema francés, pero la

tentativa «unitaria» fracasó. El hecho de que yo escriba este miserable artículo es una confirmación explosiva de ello, y este artículo no es nada. ¿El señor Cambó? Muy bien: aunque Cambó no entra en mi personal participación en el debate, pongamos Cambó. Pero, ¿quien se oponía al tímido y elegante regionalismo de Cambó? ¿Maura, La Cierva, Romero-Robledo? ¿Royo Villanova, Víctor Pradera? Cambó, Prat, la entera burguesía catalana, no ha sido nunca «nacionalista» como Dios manda. En cambio, sí que era, y sí que ha sido furiosamente nacionalista aquello que hace unos cuantos años ciertos papeles clandestinos denominaban «la oligarquía latifundista semifeudal castellano-andaluza»... De ella son tributarios don Carrillo, el Felipe González, don Joaquín Ruiz: tanto como el tinglado oficial... No tenemos que esperar nada: no debemos esperar nada de su «nacionalismo», que les viene de los pechos ancestrales del conde-duque de Olivares, y que los hace «objetivamente» solidarios de Maeztu, de los Primo, de Onésimo Redondo. O «ellos» renuncian a su «nacionalismo», o los otros tendremos que ser «nacionalistas». El circo del otro «nacionalismo», con sus *clowns* y sus prestidigitadores, se ha animado últimamente con las lágrimas seniles de don Claudio Sánchez y con el descarado fascismo de Madariaga.

Todo «nacionalismo» es «nacionalitis»: una inflamación de ser aquello que uno es, en determinadas reclamaciones. Sería muy agradable que unos y otros dejásemos que esgrimir la «nación» como una arma -sentimiento o resentimiento-, y denunciásemos el juego o contrajuego de «clase» que se esconde. Si un día los Carrillos, los Felipes —incluyendo los venerables «felipes», con minúsculas, que pasaron por la cárcel—, y los trotskos y los ácratas supervivientes, llegan a desprenderse del nacionalismo que han mamado de la «clase dominante», el futuro empezará a ser fluido. La *soi-disant* oposición «española» debería repensarse su «nacionalismo», puro Menéndez Pelayo. O puro Lerroux a sueldo de Moret. Un día, alguien tendrá que puntualizar, eruditamente, que Negrín y Franco estaban más próximos que no imaginaban. Los dos encarnaban un mismo «nacionalismo», y emanado de unas mismas fascinaciones «ideológicas»: procedentes de la secular matriz de la oligarquía... Con una «nacionalismo» depravadamente contorsionado como es el que nos acojona, cualquier réplica, por pintoresca o revulsiva que sea, es lógica. Cada «nacionalismo» segrega más: más «nacionalismos» erizados de réplica... En un instante de euforia llego a suponer que todo funcionaría mejor si «ellos» -«ellas»- renunciaran a ser «nacionalistas», y no nos obligaran a ser «nacionalistas» a los otros... Una ilusión pasajera, ¡ay!... 

CRÓNICAS DE UNA OCUPACIÓN (12)

Manuel de Pedrolo

He seguido con relativa atención la pasada campaña electoral y he podido observar que, una vez más, la izquierda y la derecha españolistas coinciden cuando tratan de nuestro caso, de este pueblo de la culturilla, como todavía nos llaman nuestros benefactores. Mientras el señor Jorge Fernández Díaz, candidato que fue de una Alianza que el reconocido humorismo de su fundador calificó de Popular, trataba de irresponsables a los catalanes que no aceptan ser españoles, el señor Julio Anguita, secretario general del PCE que acudió a nuestra tierra para reforzar la capacidad de persuasión de la gente de *Iniciativa per Catalunya*, afirmaba que el independentismo catalán es una majadería. ¿Es que quizás existe aquello que en tiempos más fascistas se llamaba un contubernio? No lo creo.

Es desde el fondo de un *acendrado patriotismo* que comparten sin ninguna necesidad de ponerse de acuerdo en reuniones de adaptación que unos y otros, porque no están solos ni hablan únicamente a título personal, se oponen a la libertad de los pueblos y hasta de las personas si tenemos en cuenta que todos vivimos cohibidos, engabanados, cuando se nos priva de ser o de manifestarnos así como somos, cuando se nos adscribe a una patria que, madre suya, es nuestro carcelero.

El señor Anguita, una boquita de oro por lo que tengo entendido, parece que nos salió con aquello de la tontería porque «estos grupos (los independentistas) tendrán que decir si quieren una moneda propia, una flota, fronteras, F-26, etc.», o sea todo aquello que el Estado español ya ha dicho y que dice cualquier nación soberana. De manera que, sin explicar por qué sutil alquimia política se llega a esta conclusión, ya tenemos que en nuestra casa se convierte en botaratada aquello que ellos se toman tan seriamente. ¿Se olvidarán algún día de los dos pesos, de las dos medidas? Parece difícil.

El líder comunista tiene una escasa idea de lo que es la libertad, y el señor Jorge Fernández le acompaña en esta deficiencia. Al ex-gobernador de nominación suarista si no lo recuerdo mal, quizás no se le ha ocurrido que, al querer convertir en irresponsable al catalán que niega una españolidad a la que le obligan, obedece al fácil movimiento mental de descalificarlo porque siempre es

más sencillo declarar al otro inepto que escucharlo. O quizás no sabe que los *nacionales*, cuya actitud adopta, con todos los matices que se quieran, tenían suficiente conciencia de que entraban en otra tierra, en otro país, si las fuerzas que precipitaron sobre él eran, como ellos mismos decían, un *ejército de ocupación*. ¿Existe alguien que ocupe la propia comunidad?

Ahora, aquello que más llama la atención es la originalidad del señor Anguita cuando para sacarse las pulgas de encima ve en el independentismo un movimiento burgués. ¿Burgueses los canacos, burgueses los armenios, burgueses los kurdos, los irlandeses y tantos otros que están cansados de opresiones? De burgueses, de capitalistas, hasta de fascistas debe haber por todas partes, y no faltan entre los nacionalistas españoles que son tan independentistas como el que más cuando se trata de su territorio, del cual quieren seguir siendo los amos y señores, pero es una obsesión de esta gente que en una nación oprimida solamente la burguesía quiere liberarse de sus colonizadores. Deben tener a las izquierdas por bobas. Para ellos no existe por ejemplo un PSAN, para ellos debe ser un burgués Carles Castellanos, profesor universitario encarcelado después de que la policía pudo vejearlo y tratarlo como un culpable, y no como un sospechoso, gracias a la espantosa ley anti-terrorista que el Estado español se hubiera podido ahorrar sin esta tremenda obsesión, sin este miedo intolerable a quedarse desnudo si las colonias interiores recobrasen su independencia.

Y este pavor del desnudo me lleva a otro Fernández, a Emili Fernández Teixidó del CDS, que, en un momento de entusiasmo propagandístico, aseguró, por una parte, que la española era la mejor cultura del mundo, una afirmación que probablemente suscribirían todos aquellos antaño eufóricos y ahora nostálgicos caballeros que nunca se cansaron de decirnos que ser español era una de las pocas cosas serias que quedaban; y de otra, que «España necesita a Cataluña como Cataluña necesita a España», unas palabras bastante imprudentes en boca de un unitario, porque cuando necesitamos a alguien, es el otro, o sea algún otro, y, por tanto, el hombre de Suárez en Barcelona reconocía esta alteridad que bien debe darnos tanto derecho a ser independientes como a nuestros vecinos peninsulares de mandar en su casa.

Pero el dirigente socialdemócrata no es un independentista, quizás porque no le agrada que lo traten de irresponsable o de bobo. El señor Fernández es un buen español y expresa con su frase la impaciencia que debe sentir al pensar que, sin Cataluña, España iría más desabrigada y que, sin España, Cataluña perdería, entre otras cosas, su bilingüismo. Porque si es desagradable la perspectiva de una España mal vestida, quizás hasta enseñando unas vergüenzas pecaminosas, es escalofriante imaginarse una Cataluña que ya no se beneficia del castellano, que renuncia a formar parte de esta cultura sin parangón.

Con el segundo Fernández (segundo sólo por el orden de aparición en esta escena) añadimos a la izquierda y a la derecha españoles el llamado centro y

obtenemos pues un espléndido triángulo más o menos irregular, pero todavía armónico, que planta cara con la originalidad que hemos visto a las aspiraciones de un pueblo que debería provocar más reflexiones que genialidades si, abatido hace cerca de trescientos años, todavía hoy se esfuerza por sobrevivir.

El señor Anguita, a la hora de hacer la lista de aquello que tiene y nosotros no tenemos, no se olvida de las fronteras. Las *nuevas* fronteras nunca faltan cuando se habla de liberaciones nacionales, pero no se dice nada de las *viejas* que los protegen y por cuya preservación combaten a pesar de los internacionalismos que les deberían aconsejar suprimirlas. Cuando el secretario del PCE entra en Cataluña en acción política lleva con él al Estado español, no la idea de un mundo en el que todos, sin excepciones, seremos libres de desarrollar el propio lenguaje, la propia cultura, bajo una administración europea o mundial que protegerá a unos y a otros porque unos y otros seremos en esta administración que, por no caer en los errores de siempre, no favorecerá la imposición demográfica; entra en Cataluña como un español y con su decir defiende la españolidad, no una sociedad en la cual, sin fronteras, habrán desaparecido los privilegios culturales y no tan sólo las desigualdades económicas. Es entonces que «la mejor cultura del mundo» podrá demostrar que lo es. No nos oponemos a ello; sólo pedimos que a nuestro pueblo se le deje competir, si es que hay competición, en lugar de señalarle unos límites, como ahora, cuando el proceso colonizador prosigue su marcha con el visto bueno de tantos que, convencidos de tener las llaves de la historia, cierran la puerta para que, en esta historia, no se introduzca una libertad que les sobra. Como la nuestra. 

Avui, 3 junio 1988

¿Y AHORA QUÉ?

La sombra del nacionalismo es alargada, tal vez demasiado como para escapar de su irresistible frialdad. Este es el sino de los ciudadanos de las naciones oprimidas: estar condenados a vivir en el centro de esta terrible dialéctica que, muchas veces, se convierte en una diálogo de sordos.

Si ya concretamos y hablamos de esta entelequia (¿agonizante?) que llaman pomposamente España, entonces más que diálogo podríamos hablar propiamente de diarrea, porque sencillamente nadie escucha a nadie, todos toman por el sendero que más les conviene y las tribunas públicas se convierten en cloacas decimonónicas donde se acumula una mierda pastosa que se resiste a correr hacia el azul del mar.

Los dos artículos que presentamos a continuación son una buena prueba de ello: dos cerebros inteligentes y con sentido común tienen que perder el tiempo intentado hacer entender (¡a los "libertadores" de la izquierda!) aquello que en las postrimerías del siglo XX debería estar totalmente claro: que el nacionalismo es una enfermedad crónica y que ya va siendo hora de que entre todos tratemos de curarnos de una puta vez.

Como vosotros mismos podréis comprobar, los 12 años (1976-1988) que separan los dos artículos presentados, han servido de muy poca cosa, para no decir de nada... La reinstauración borbónica y el feto del estado de las autonomías no han sido nada más que un *bluff* lanzado por el Estado español para ver si colaba y frenar así los movimientos de liberación de las colonias "interiores". El hecho que la "izquierda" española (PSOE, PCE y afines) mantenga las actitudes que mantiene -ver los dos artículos siguientes- es una demostración palpable de que esta bestia negra que es el nacionalismo español se ha reavivado (no tan milagrosamente como se podría pensar) y se ha reforzado precisamente porque esta izquierda lo ha asumido sin complejos y le ha quitado la máscara franquista o fascista que parecía que llevaría eternamente.

Por todo ello, ahora se impone, otra vez, la necesidad que desde las colonias se reflexione para entender la trama negra que se nos ha preparado y saber con quien nos las tenemos que ver, y, también, para no caer en los mismo vicios y paranoias "nacionalistas" de nuestros opresores. Podríamos empezar por delatar la función idiotizante de los intelectuales-periodistas a sueldo del Estado, o por la obsesión liquidacionista y dimisionaria de los regional-folkloristas administradores de las instituciones coloniales, o, también, por qué no, con nuestros propios errores e indecisiones; pero el espacio no nos lo permite y lo dejaremos para más adelante.

Y para terminar, tan solo nos resta presentar someramente, al lector canario, a los dos articulistas catalanes:

Joan Fuster (Sueca, 1922) ha sido, sin ser nacionalista, el impulsor del nacionalismo catalán en el País Valenciano -*Nosaltres els valencians* es su obra más divulgada- y, precisamente por ello, se ha encontrado a menudo en el punto de mira de las pistolas fascistas. Pero, sobretodo, Joan Fuster es un gran ensayista, tanto en el campo de la literatura como en el de la historia, además de polemista agudo desde las páginas de *Destino* o del diario *Avui*. De entre sus obras, podríamos destacar: *Literatura catalana contemporània*, *Poetes*, *capellans i moriscos* o *Indagacions i propostes*.

Manuel de Pedrolo (Arinyó, 1918), es uno de los autores más prolíficos de la literatura catalana actual y su obra abarca todos los géneros -poesía, teatro y, sobretodo, novela-. También se ha destacado como articulista en diarios -tiene publicadas diversas recopilaciones- siempre a favor de las libertades nacionales de Catalunya. De entre sus muchas obras, quizás debemos señalar *Totes les bèsties de càrrega* y la serie *Temps obert*, donde desarrolla las diferentes posibilidades de un mismo personaje.